

ANTONIO PAU
Gatuperios

con una nota final de Álvaro Pombo
y dos dibujos de Manuel Alcorlo



LHG

la + pequeña

Gatuperios

Gatuperios
ANTONIO PAU



la + pequeña

Título original: Gatuperios

© Del texto: Antonio Pau

© De la nota final: Álvaro Pombo

© De las ilustraciones originales: Manuel Alcorlo

© Ilustración de cubierta: Manuel Alcorlo

Madrid, septiembre 2020

Edita: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-73-0

D. L.: M-19310-2020

Diseño cubierta: La Huerta Grande sobre original de Manuel Alcorlo

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27.

28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

No hay animal más digno que esté condenado a una vida más indigna. Porque el gato tiene la arrogancia de los grandes felinos —sus hermanos mayores: el leopardo, el tigre, el puma—, pero se pasa la vida huyendo por debajo de las cancelas y de los coches, o trepando por las tapias y las verjas. Es verdad que hay gatos bien tratados en hogares calientes, gatos que pasan el día sobre los sofás y los sillones y luego duermen en cestos de mimbre y estopa. Pero son los menos. Las grandes legiones las forman los gatos callejeros. Gatos que malviven con hambre y frío. Cuando luego se sientan en lo alto de una tapia —con ese modo tan suyo de sentarse, con las cuatro patas dobladas, sin tumbarse ni perder la compostura—, se sienten otra

vez seguros, y surge de nuevo su dignidad felina, su serenidad imperturbable.

Decía Colette, que vivió siempre rodeada de gatos y que tanto escribió de ellos, que no hay gatos corrientes. Porque la desgracia no convierte nunca al gato en un ser corriente. Hay gatos mutilados, gatos maltratados y gatos que esperan toda su vida una recompensa que no llega nunca. Pero por mucha que sea su miseria, ésta no hará nunca de un gato un ser vulgar.

Juan Ramón Jiménez protestaba del sentido despectivo que daba un diccionario a la palabra asnografía. Pero ¿y gatuperio y perrería? Porque gatuperio lo considera el diccionario sinónimo de embrollo y enjuague, y perrería una acción mala que se hace contra alguien. Sin embargo, cuando se trata de un niño o de un chico —seres que no son más inocentes que un gato o un perro—, el diccionario es benévolo. Niñería: acción de niños o propias de ellos, especialmente por diversión o juego. Chiquilla-

da: acción ingenua o falta de reflexión o sensatez. Señores académicos, añadan al menos una acepción nueva a gatuperio y perrería: acciones ingenuas de gatos y de perros, especialmente por diversión o juego, y comúnmente faltas de reflexión o sensatez.

Recuerdo ahora varios gatuperios de mis gatos sucesivos. Mi primer gato en realidad no era mío, era el gato de mi abuela y vivía en el tejado de la farmacia. O mejor dicho: en el tejado de la vivienda que estaba sobre la farmacia. La farmacia tenía tres partes: la botica, la rebotica y el almacén. En la rebotica mi abuela hacía, en las primeras horas de la mañana, las fórmulas: pesaba cuidadosamente los polvos que sacaba de unos frascos de cristal, los mezclaba en un minúsculo almirez, y con aquella mezcla hacía píldoras o sellos. La decimocuarta acepción de la palabra sello es a la que me refiero: «Conjunto de dos obleas redondas entre las cuales se encierra una dosis de medicamento, para